

nidamente haciendo versos de once sílabas en lenguaje correcto y esmerado; imitó á los demás poetas en aquello de invocar á las Musas y demás temas comunes en que durante mucho tiempo ha consistido nuestra poesía, y que todavía sienten algunos no ver reproducidos, lamentándose de que hayan caído en desuso las imágenes que admiraban á los poetas de nuestros primeros años. Su *Oda á las artes* y *La conquista de Orán* son producciones que adolecen de los mismos defectos de frialdad elegante y continua imitación ajustada, ó reproducción de pensamientos ajenos y corrientes.

#### MAS NOTICIAS SOBRE DON IGNACIO LUZAN Y LOS LITERATOS DE SU TIEMPO.

Cuando el erudito don Juan Agustín de Cean Bermúdez escribió la biografía de don Eugenio Llaguno, lo hizo con datos de las respuestas dadas á un interrogatorio, entre cuyas preguntas figuraban las siguientes: «¿Quiénes eran los concurrentes á la Academia del Buen Gusto, congregada en casa de la marquesa de Sarria?—¿Quiénes los que sucesivamente fueron concurriendo á la tertulia de Montiano?—Si don Juan de Iriarte, don Blas Nasarre, don Ignacio Hermosilla eran montianistas, y si el señor Campománes alcanzó estas juntas y concurrió á ellas.—Si entre la tertulia nocturna de Montiano y la vespertina del padre Sarmiento había alguna relación conocida, ó se componía de unos mismos sujetos.»—Muy en su lugar se hallaban todas estas preguntas, como que don Eugenio de Llaguno y Amirola había sido paje de bolsa de don Agustín de Montiano y Luyando. Ahora va á dejar de seguir inédito lo que don Bernardo Iriarte contestó así á esta parte del interrogatorio: «Bernardo Iriarte tenía muy corta edad cuando algunos literatos y sujetos de varias clases concurrían en casa del Marqués de Sarria, hermano del primer secretario de Estado y del Despacho don José de Carvajal y Lancaster, para que pueda designar quiénes eran, y ménos calificar su mérito.—La tertulia de Sarria pudo ser abuela, mas no madre de la tertulia de Montiano. Se ignora si tuvieron algún parentesco ó conexión, ni si la de Montiano descendió de la del Marqués de Sarria.—Consta, sí, á Bernardo Iriarte que en casa de don Blas Antonio Nasarre, bibliotecario del Rey, se juntaban por las noches (don Juan de Iriarte no asistía, porque todas las pasaba, como las demás horas del día, estudiando y trabajando, y obligando á su sobrino Bernardo á hacer lo mismo) varios literatos, y entre ellos DON IGNACIO LUZAN, y á veces don Agustín de Montiano y Luyando, algunos individuos de la Biblioteca y otras personas.—Luego que falleció Nasarre, atrajo Montiano á su posada muchos de los asistentes á la tertulia de aquel. Progresivamente se fueron agregando varios eruditos y sujetos de buen gusto, ya de los vecindados en Madrid, ya de los que venían de las provincias del reino y hasta de América. Así llegó á ser bastante numerosa, y á veces tanto, que los literatos se disgustaban, porque, habiendo logrado, después de muchas instancias, la mujer de Montiano, doña Josefa Manrique (había sido camarista de la reina Farnesio), y su sobrina, doña Margarita, ser admitidas en la sala de la tertulia, acudieron á ella gentes indoctas, que incomodaban á la docta, y fué preciso, para desahogo de ésta y pasto del alma y cuerpo de aquellas, poner una mesa de biribis, donde tuviesen digna ocupación, formando así ancho aparte los literatos.—De esta última clase, eran tertulianos constantes DON IGNACIO DE LUZAN, don Juan Iriarte, que ya salía por las noches, para descansar de su tarea diaria y distraerse; don Ignacio de Hermosilla y Sandoval, don Antonio Pison, lector de la princesa de Asturias, hoy reina; don Luis Velazquez, marqués de Valdefflores; don Felipe de Castro, célebre escultor gallego. Campománes concurrió pocas veces á la tertulia, á los principios, y después no.—Bernardo Iriarte llegó á asistir también; don Eugenio de Llaguno, que era inmediato y perenne asistente, como que vivía en la propia casa de Montiano, llevó una noche al mismo Bernardo Iriarte á la tertulia, contra la voluntad de su tío, que prefería se entretuviese en casa, estudiando el sobrino; más hubo de ceder, y ya le llevaba en su compañía, mirando como equivalente de las tareas nocturnas en que le ocupaba, la amena, variada é indirecta instrucción que adquiriría oyendo las condenaciones, discursos y lecturas de los doctos é ingeniosos asistentes á la tertulia de Montiano. Los días de fiesta llevaba el tío don Juan al otro sobrino Domingo, niño todavía, para que aprovechase algo allí y no hiciese travesuras en casa.—Ninguna relación había entre la tertulia de Montiano y la sociedad ó concurrencia de la celda del

padre fray Martín Sarmiento por las mañanas y tardes. Don Juan de Iriarte iba á ver al padre Sarmiento todos los domingos después de misa, y llevaba á su sobrino Bernardo. Eran pocos los concurrentes, y entre ellos había académicos.—Don Blas Nasarre no pudo asistir á la tertulia de Montiano, pues ésta, según va dicho, no tuvo principio ni existió hasta después del fallecimiento del mismo Nasarre.»

No hay mejor edición de la *Poética* de LUZAN que la hecha en dos tomos, el año de 1789, por Sancha, pues en ella intercaló don Eugenio Llaguno todas las adiciones y enmiendas del mismo don Ignacio, á quien había tratado en la juventud, y cuyos consejos le fueron muy útiles en el resto de su vida.

### POESÍAS.

#### JUICIO DE PÁRIS,

RENOVADO

ENTRE EL PODER, EL INGENIO Y EL AMOR (1).

FÁBULA ÉPICA.

En la entrada pública hecha por el señor don Fernando VI en Madrid, á 10 de Octubre de 1746.

No la ira del hijo de Peleo,  
Ni los viajes del sabio Ulises canto,  
Ni el héroe que de Troya y fuego aqueo  
Trajo á la Italia el gran cantor de Manto,  
Ni al que de ilustre pluma ha sido empleo,  
Gloria de Portugal, del moro espanto,  
Ni las piadosas armas en Suria,  
Ni hazanas de valor y cortésia.  
Más dulce inspiración, furor más blando  
Á pacífico asunto el pecho inflama;  
El triunfo cantaré con que Fernando  
Entró en su leal villa, que le aclama;  
Diré cómo en su obsequio disputando  
Poder, Ingenio, Amor ganaron fama  
De su gran corte en el teatro augusto,  
Y que en fin venció Amor, como era justo.  
Bajad de vuestro monte á darne aliento,  
Musas, que á todas nueve hoy os imploro:  
Unas me templaréis para el intento  
La dulce lira y el clarín sonoro;  
Otras haréis que en delicado acento  
Mi voz iguale á vuestro amable coro,  
Para cantar del gran monarca glorias,  
Esmeros de Madrid, de Amor victorias.  
Y tú, María Bárbara, heroína  
Por quien Iberia aspira á ser dichosa,  
Dignate de ilustrar con tu divina  
Musa lo que la mía emprender osa;

(1) Para muestra del estado de nuestra poesía en el presente siglo XVIII, publicamos esta pieza, que existía inédita con todas las demás de su erudito autor. El asunto está concebido con majestad y elevación; la idea es muy ingeniosa y muy poética, y se halla felizmente establecida y desempeñada, singularmente en la conclusión y triunfo del Amor contra el Ingenio y el Poder, que es excelente; la erudición es acendrada y exquisita, aunque no siempre se podrá reputar por oportuna; la versificación es muy propia, y manifiesta el carácter de este poeta, en cuyas composiciones, por lo general, luce más el arte que la naturaleza. De esto nace que á sus versos les falte todavía algo de aquel espíritu, llenura, copia, facilidad y soltura que admiramos en los poetas del siglo de oro; prueba evidente del estrago que han hecho en nuestra poesía tantos años de corrupción y decadencia, pues aún no han podido acabar de restablecer su robustez y antigua lozanía los más clásicos artífices de nuestro tiempo. Sin embargo, se ofrece al público esta ingeniosa composición, no tan sólo por el gran crédito de su autor, como por sobresaliente entre cuantas hemos visto y leído sobre semejantes asuntos.

(Nota de Lopez de Sedano en su *Parnaso español*.)

Á perdonar la majestad inclina;  
Que tu piedad merece generosa  
Quien de tu esposo Rey, con alta idea,  
Decir presume y acertar desea.  
Quizá después, si se permite un día  
Á humana voz asunto más que humano,  
Alentada á tu sombra mi Talía,  
Resonará tu nombre soberano,  
Haciendo que obsequiosos á porfía,  
En ecos le repitan monte y llano;  
Que oigas en tanto humilde te suplico  
Versos que respetoso á tí dedico.  
En la estación que el hijo de Latona  
Por el signo de Libra el curso extiende,  
Cuando el otoño fértil se corona  
De hermosa fruta, que en el árbol pende,  
Y en los dones de Baco y de Pomona  
El hacendoso agricultor entiende,  
Mirando alegre que ya premia el cielo  
Su trabajosa vida y su desvelo;  
Cerca de Manzanares, recostado  
Á la sombra de un álamo coposo,  
Mientras mi ganadillo al verde prado  
La yerba repastaba presuroso,  
Por conceder al cuerpo fatigado,  
Mientras más hiere el sol, dulce reposo,  
De la mansa corriente al blando ruido,  
Suspendido quedé, si no dormido.  
Entonces reparé que sus cristales  
El río por el medio dividía,  
Y de su centro, hermosas, celestiales,  
Ágiles ninfas vi que producía;  
De perlas y finísimos corales  
Rico adorno cada una en sí traía;  
Un anciano después con urna al lado  
Apareció, de juncia coronado.  
Cual fabulosa antigüedad pintaba  
Al padre Tíbre ó al dardano Janto,  
Cuando sobre las ondas se asomaba  
A oír de algún mortal queja ó quebranto,  
O como al dios Neptuno figuraba  
Musa gentil en su fingido canto,  
Cuando iba por el mar con Deyopea,  
Cimodoce, Nerine y Galatea;  
Tal Manzanares á mi vista ofrece  
Espectáculo nuevo y agradable;  
Crece mi suspensión, mi pasmo crece,  
Al ver que aquel anciano venerable  
Conmigo desde el agua á hablar empiece  
Con apacible voz y rostro afable.  
Fielmente su discurso, no prolijo,  
Conserva la memoria; así me dijo:  
«Extranjero pastor, que en mi ribera  
Buscas tranquilidad á tus fatigas,  
Vite otra vez, no es ésta la primera,  
Y sé tu nombre ya, sin que lo digas;  
Las bellas ninfas de esta undosa esfera

Únicas son de tu zampoña amigas;  
Zampoña y voz antes de ahora oyeron,  
Antes también á entrambas aplaudieron.

»Si tanto pudo tu infelice estrella,  
Que por otras tu voz no fué atendida,  
Bástete que conmigo tu querella  
Tuvo suerte mejor, fué bien oída.  
Premiar, agradecer, propio es de aquella  
Piedad que en inmortal pecho se anida;  
Por eso una ardua empresa te confío;  
No temas, yo deidad soy de este río.

»De tres emulos genios juez severo,  
En disputas de gloria codiciosas,  
Poder, Ingenio, Amor, que seas quiero,  
Y juzgues sus contiendas generosas.  
Recto el juicio ha de ser, el juez entero  
Dádivas no recibe cautelosas;  
Atiende á la verdad y á la justicia,  
No la pasión te ciegue ó la codicia.

»No será nuevo que un pastor decida  
Entre deidades grave competencia;  
Páris troyano, allá en los valles de Ida,  
Dió en la famosa lid fatal sentencia,  
Y con áurea manzana apetejada  
A Vénus concedió la preferencia;  
Tú también, de los tres al que venciere  
Esta palma has de dar, sea el que fuere.»

Dijo, entregando la triunfante rama,  
De vitoriosas diestras honradora;  
Luégo á su habitación de ovas y lama  
Sumióse entre las ondas, donde mora.  
Nuevo prodigio, ya previsto, llama  
Mi atención, admirada en lo que explora:  
Tres gallardos mancebos de improviso  
En mi presencia aparecer diviso.

De los tres, el más alto y más robusto  
De brillante diadema orna la frente,  
Respeto inspira su semblante angusto,  
Admiración su traje refulgente.  
Cuanto pesca en Ceilan el indio adusto,  
Cuanto cria sin precio el rico Oriente,  
Matiza, con primor nunca imitado,  
El manto, el tonelete y el calzado.

El Ingenio el segundo (ya el primero  
Que era el Poder estaba conocido),  
Galan, fuerte, vivaz, pronto, ligero,  
Pero casi desnudo ó mal vestido;  
Alas tiene, con ellas altanero  
Tal vez subir al cielo ha presumido;  
Dos grillos á los pies duros le oprimen,  
Que pobreza y desgracia al vivo exprimen.

El tercero un rapaz, que respiraba,  
Al acercarse á mí, suave fuego,  
Por las señas de arpon, arco y aljaba,  
Que era el rapaz Amor conocí luégo;  
No, cual en tiempo antiguo, se mostraba  
Temible á hombres y dioses, aunque ciego;  
Este sin venda en la halagüeña vista  
Corazones cautiva, almas conquista.

Aunque tan desigual á mí se mide,  
El primero el Poder á hablarme empieza,  
Que cuando ha menester, anhela ó pide,  
Sabe humillar con todos su grand za;  
La seria gravedad de sí despidió,  
Transformando en halago la entereza.  
Tal César busca para el arduo empeño  
De Amfíctas á la puerta humilde leño.

«Noble pastor (asi empezó alabando),  
Sin duda al cielo tienes muy propicio,  
Pues competencias de uno y otro bando  
De tu capacidad remite al juicio;  
En la entrada feliz del gran Fernando  
Cada uno de los tres cumplió su oficio;  
No niego esta verdad, pero ¿quién puede  
Disputar con quien tanto en todo excede?»

»Mas, porque veas que á tu juicio deo  
Libre para que juzgue lo que sienta,  
Y que de la justicia el puro espejo  
Nunca mi autoridad manchar intenta,  
Sirviendo á la razón sólo en bosquejo,  
Te daré de gran suma breve cuenta,  
Y en pocos rasgos te diré la mucha

Soberbia pompa de la fiesta; escucha:

»Con sombras salió el sol, haciendo alarde  
De ceder á otra luz por la mañana;  
Pero otro nuevo sol (que el cielo guarde  
Sin ver ocaso hasta la edad más cana)  
Ilustró el Oriente por la tarde,  
Y á su lado la aurora lusitana;  
Y así, con duplicados arboles,  
Vió aquel día dos albas y dos soles.

»Ceda el Oriente á la felice puerta  
Por donde éste salió desde su cielo,  
Dando en sus luces esperanza cierta  
De serena bonanza al patrio suelo;  
Ocho caballos, cuya piel incierta  
En tigres los disfraza con anhelo,  
Tiraban la carroza coronada,  
Llena de majestad, de oro cuajada.

»No extrañes que en silencio á tantos pase,  
Que seguían al Rey, ó precedían;  
Primero, si uno á uno los nombrase,  
El día y aun la voz me faltarian;  
Ni es dable que ésta á referir bastase  
El lustre, el esplendor con que lucian  
Ramas (en la nobleza y en la tropa)  
A cuyos troncos obedece Europa.

»De tan lucido séquito servidos,  
Los Reyes al antiguo templo fueron  
De la Almudena; allí, reconocidos,  
A Dios y á su gran Madre gracias dieron;  
Luégo entre mil aplausos repetidos  
Por las dispuestas vallas se volvieron,  
Viendo ya iluminado el ancho giro  
De la gran plaza y calles, al Retiro.

»Por toda esta carrera arcos triunfales  
En varias partes mi atención dispuso,  
De tanta magnitud y pompa, cuales  
Ni á sus triunfales héroes Roma puso;  
Allí de preciosísimos metales  
Hizo pródigamente en todos uso,  
Y por las calles paralela valla  
Distingue el paso y forma su muralla.

»Las paredes allí se disfrazaron,  
Vistiendo el mármol delicada seda  
Y paños, en que belgas se esmeraron  
Con arte tal, que á la pintura exceda;  
El incimiento con que se emularon  
Nobles fieles vasallos, no hay quien pueda  
Dignamente decir, sin que sea agravio  
De su primor el no elegante labio.

»Del Monarca en obsequio hasta las fuentes  
Su desnudez en nuevo traje mudan,  
Adornadas por mí con eminentes  
Máquinas, en que mil obreros sudan;  
Luégo con mucha luz resplandecientes,  
Murmurando entre sí, confusas dudán  
Qué novedad contra su sér se fragua,  
O si quieren que abrase y arda el agua.

»En la Plaza Mayor (la fuerza mia  
Aquí supo ostentar adónde llega),  
A pesar de la noche, el claro día  
Continuado, á su horror la entrada niega;  
Y en mil cristales, en que resurtía  
Multiplicada luz, admira y ciega;  
Quejéronse las sombras asustadas,  
De sus mismos dominios desterradas.

»En el siguiente el júbilo festivo  
Prorumpió en diversion, alegre risa,  
Monstruos y fieras imitando al vivo,  
Y trajes con ridícula divisa;  
Reina el placer en todos expresivo,  
Y cuando ya es la luz sombra indecisa,  
Con hachas la jovial tropa discurre,  
A verla el pueblo de tropel concurrir.

»En la tercera noche el aire aclara  
Máquina artificial desde la tierra,  
Y como si á sus hijos emulára,  
Hace á los cielos inocente guerra;  
Contra la azul región, mientras dispara  
Todo el incendio que en su seno encierra,  
Con las continuas llamas que vomita,  
Naval combate y ciudad fuerte imita.

»Medio desnuda el alba, en el postrero

Día, desde el Oriente se apresura,  
Por ver el espectáculo guerrero,  
Donde el genio español su brío apura.  
Del olimpico estadio el lisonjero  
Aplauso general en vano dura;  
Calle Aténas sus grandes juegos cuatro,  
Y Roma su famoso anfiteatro.

»La gala, bizarría y gentileza  
De los cuatro campeones animosos,  
Su valor, su ardimiento, su destreza  
En los casos y empeños peligrosos;  
La ciega furia y natural fiereza  
De los heridos toros recelosos,  
Pintar no es dable, que el pincel se asusta  
Con los mismos peligros de que gusta.

»Después de tan magnífico aparato,  
¿Quién se me atreve á disputar la gloria?  
Es agravio á mi altivo genio innato  
Solamente el dudar de la victoria.  
¿Qué pudieran hacer, que fuese grato  
Obsequio y digno de inmortal memoria,  
En corto plazo, un niño y un desnudo,  
Cuando todo mi esfuerzo apenas pudo?

»Si gloriosa ambición tu pecho mueve,  
Y mejorar deseas de fortuna;  
Si del oro la sed acaso debe  
A tus deseos atención alguna,  
Yo haré, pastor, que tu experiencia pruebe  
Juntas muchas fortunas sólo en una;  
Pide á tu arbitrio, mi poder ofrezco;  
Pero la palma solo yo merezco.»

»Calló el Poder, mostrando en el semblante  
De enojo y de pesar no leve indicio,  
Como que era agraviarle si un instante  
A su favor se dilataba el juicio.  
Siguió el Ingenio vivo, penetrante,  
Hecho de la elocuencia al ejercicio;  
Y al empezar á defender su causa,  
Hizo, mirando en torno, breve pausa.

Cual músico de Italia primoroso,  
Antes de comenzar aria canora  
Del Sasoine, del Vinci ó del famoso  
Escarlati, la voz primero explora,  
Y en bajo són lo más dificultoso  
Del no visto papel lee y decora,  
Después todo el raudal del dulce canto  
Suelta á ser del oído amable encanto;

»Así con arte, á la prudencia junto,  
El Ingenio, algún tanto suspendido,  
Velo recorrió ya uno, ya otro punto,  
De elegante discurso prevenido;  
Al fin empieza el meditado asunto,  
Abriendo el dulce labio detenido,  
Por donde un río de elocuencia sale,  
Que más que el mismo vencimiento vale.

»Si alguna vez pude llamarme (dice)  
Venturoso, á mi ver, sin duda es ésta;  
Antes el gusto ajeno satisface,  
Sólo al mio mi lengua ahora se presta;  
Todo concurrir á hacerme aquí felice:  
El mismo heroico asunto, y la propuesta  
Palma, y el juez, cuyo inocente seno  
De codicia y pasión contemplo ajeno.

»En qué mejor empeño sus primores  
Mi misma habilidad emplear quiere,  
Sino en probar que á sus competidores  
En los obsequios de su Rey prefiere?  
El noble ramo, honor de vencedores,  
Estimaré, si mi valor le adquiere,  
Sólo por este fin, con esta idea  
De que mi obsequio superior se vea.

»Ni este blason podrá negarme alguno,  
Sea el Amor, sea el Poder; los corazones  
Encender, alentarlos pudo el uno,  
Y el otro de Pluton verter los dones;  
Ineficaz por sí, bien que oportuno  
Medio uno y otro en tales ocasiones,  
Si el Ingenio esos medios no dirige,  
Ordena, perfecciona, une y corrige.

»Erigió excelsas máquinas costosas,  
Fué pródigo el Poder de su tesoro,  
No lo niego; alzó vallas primorosas,

I, Ps.-XVIII,

Hizo la misma copia vil el oro,  
No lo niego; excedió las más famosas  
Fiestas de que hay memoria, no lo ignoro,  
No lo niego; mas, dado que agotára  
Su caudal, ¿sin el mio qué logrará?  
»La proporcion, el método y el arte,  
La simetría, el gusto, la belleza,  
El haber superado en cada parte  
A la rica materia la destreza;

El orden con que todo se reparte,  
La novedad de ideas, la fineza,  
La variedad, ¿debióse en algún modo  
Al Amor ó al Poder? ¿No es mio todo?  
»En vano entrambos sin razón pretenden  
Disputarme la palma, á que se oponen;  
Por vanidad ó por pasión no entienden  
Las causas de lo mismo que suponen;

A la razón, á la justicia ofenden,  
Cuando al Ingenio osados se anteponen,  
Como ya de otros miembros la insolencia  
Le negó á la cabeza la obediencia.  
»En esta grande fábrica divina,  
De su mismo Hacedor según decreto,  
El inmortal espíritu domina,  
Lo corpóreo y mortal está sujeto;

Padece el uno lamentable ruina,  
El otro eterno aspira á eterno objeto;  
Y sus obras, si al mio se atribuyen,  
A eternizar su nombre contribuyen.  
»Así los dones que ofrecerte intenta  
Mi justo empeño, á los demas exceden;  
Mal con una pasión siempre violenta,  
Mal con el oro compararse pueden.

Si crees á mi voz, de engaño exenta,  
Diles que allá con lo que dan se queden,  
Yo que seas feliz sólo pretendo,  
Las causas de las cosas conociendo.  
»Por mí de la virtud la excelsa cumbre  
Pisarás fuera del vulgar abismo;  
Heroico, imperturbable por costumbre,  
Renovarás antiguo estoicismo;

Signiando entónces la celeste lumbre,  
Lograrás el imperio de ti mismo  
Con mejor cetro que el que ya ganaron  
Los que grandes ciudades conquistaron.  
»Laurel febeo adornará tus sienes,  
Como sigas mi voz, guía y maestra,  
Ateorando no caducos bienes  
De la docta Minerva en la palestra.

Haré yo que al materno, que ya tienes,  
Pueda añadir por mí tu lengua diestra  
El italo, el francés, el griego idioma,  
Y el puro y terso de la antigua Roma.  
»Por mí en tus labios, de dulzura llenos,  
Tendrá su trono la divina Suada,  
Y vencerá los ánimos ajenos,  
Mezclando lo que instruye á lo que agrada.

Por mí del sacro Pindo en los amenos  
Bosques resonará tu bien templada  
Lira, de cuyo són pagado Apolo,  
Pensará colocarla junto al Polo.  
»Con mi favor entenderás profundo  
De la naturaleza altos arcanos;  
Cómo de huevos, en sazón fecundos,  
Nazca todo viviente (aun los humanos);

Y cómo dentro de uno otros segundos  
Incluyeron de Dios providas manos,  
Para que de una en otra maravilla  
Mil semillas encierre una semilla.  
»Cómo de movimiento y de figura  
Diversa todo cuerpo se fabrica,  
Mostrando en su admirable arquitectura  
Que es inmenso el saber que le edifica;

En amistad, que con la vida dura,  
Una alma el cuerpo humano vivifica,  
Que piensa, que discurre, ama, desea;  
En vano inquirirás lo que ella sea.  
»O bien cómo por todo el universo  
Átomos crió Dios indivisibles,  
Y movimiento en todos muy diverso  
Para sus fines puso imperceptibles,  
Uniendo por lograrlos el disperso

Conjunto de corpúsculos sensibles;  
Y cómo es grave todo cuerpo, y trae  
Por la fuerza que impele y la que atrae.  
»Con qué presión del cuerpo luminoso  
La luz hasta nosotros se propaga,  
Movido con impulso vorticoso  
El sutil éter, que en el aire vaga;  
Y cómo en todo objeto no poroso  
Resurta aquella, y los colores haga,  
De lo encarnado azul, pajizo y verde,  
Que en los poros del negro entra y se pierde.

»Y cómo entre dos nubes comprimido  
Nitro y azufre, trueno y rayo exhala,  
Y á la misma materia el encendido  
Tardo betun del Mongivele iguala;  
Aunque excede en estrago y estallido  
Cuando arruina ciudades, campos tala,  
Y cuando á impulso del volcan etneo  
Se estremecen Peloro y Lilibeo.

»Por mí sabrás cómo la tierra miden  
Diez círculos celestes, no igualmente,  
Que en cinco zonas toda la dividen,  
Dos templadas, dos frias, una ardiente;  
Uno en que signos seis y seis residen,  
Calle es del Sol de Oriente hasta Occidente;  
La tierra inmóvil su gran curso admira,  
O bien voluble en torno á Febo gira.

»Cada planeta con distinto curso  
A la tierra ó al sol rodea errante;  
Su magnitud, sus pasos el discurso  
Del hombre mide, á imitación de Atlante;  
Examina su aspecto, y su concurso  
Averigua, ya próximo ó distante;  
Su más pequeño movimiento apura,  
Y futuros eclipses asegura.

»Cuando después tu aplicación destines  
De pasados sucesos á lo serio,  
El gobierno verás y los confines  
Del asirio, romano y griego imperio;  
Por mí sabrás en sus opuestos fines  
Cuánto distaba un Tito de un Tiberio;  
Por qué los reinos suban y florezcan,  
Por qué caigan, enfermen y fallezcan.

»Todo esto y más mi gratitud promete  
Por una sola palma que codicia;  
Ni las dádivas mías interprete  
Por soborno ó cohecho la malicia;  
Cuando tu labio á mi favor decreta,  
No á mí, sino á ti mismo harás justicia;  
Tuyo es el interés; tú, como cuerdo,  
Mira bien lo que pierdes, si yo pierdo.»

Así el Ingenio me seduce el alma,  
Y con arte elocuente el pecho obliga;  
Dudo entre mí si le daré la palma  
Antes que el otro sus razones diga;  
Mas ya cobrado, en una breve calma,  
Determino aguardar que Amor prosiga.  
Al fin habló de Citera el hijo;  
¡Oh Musas! acordadme lo que dijo.

»¿Qué es esto, dioses inmortales? ¿Cuánto  
Se ha de abusar de la paciencia mía?  
¡Mortal Poder, mortal Ingenio, á tanto  
Se atreve con sacrilega osadía?  
¿Hay quien contra mí númen sacrosanto  
Pretende disputar, vencer porfía?  
¡Loca altivez de envanecidas gentes!  
¿Y tú, divina madre, lo consientes?

»Por dónde empezaré? ¿Qué diré luego?  
Por la misma gran copia el labio duda.  
El uno al humo de soberbia ciego,  
Fiado el otro en su elocuencia aguda,  
Uno y otro sujetos á mi fuego,  
Desprecian mi razón como desnuda;  
¿Y yo lo he de sufrir? ¿A mí desprecios  
El Ingenio? ¿El Poder á mí? ¿Qué necios!

»Pero quiero templarme; el orbe admire  
Que Amor á la razón hoy se sujeta;  
Mi calidad, mi fuerza se retire,  
No salga de mi aljaba una saeta;  
Sólo á ganar esta victoria aspire  
Mi mérito mayor, sin que prometa  
Al juez, porque se atiendan mis razones,

Medios de la injusticia, iniecos dones.

»¿Dones dije? ¡Qué mal! Mejor dijera  
Tósigos, inquietudes y tormentos.  
¡Pobre pastor, si tu inocencia diera  
Oídos al Poder y á sus intentos!  
¡Qué presto el mando, el oro mismo fuera  
El mayor torcedor de tus contentos!  
¿Qué presto desearías tu majada,  
Tu feliz libertad, tu choza amada!

»Pues ¿qué diré de las que da, halagüeño,  
Dádivas el Ingenio seductoras?  
Por ellas perderás el dulce sueño,  
El ocio blando y las mejores horas.  
Y después de un penoso asiduo sueño,  
¿Qué lograrás? Sólo saber que ignoras;  
Y lo que es más, dejándote sin una,  
Mil dichas dará á un necio la fortuna.

»Dirán tal vez que en la función pomposa  
Que de nuestra contienda es el motivo,  
Sólo el Poder lució con su ostentosa  
Magnificencia, hollando lo excesivo;  
O que sólo el Ingenio en la industriosa  
Disposición venció por discursivo;  
Que Amor ignora lo que es pompa y arte...  
¿Con que, no tuvo Amor en eso parte?

»Pues ¿quién el alma fué? ¿Quién fué el primero  
Móvil de tantos júbilos y fiestas?  
¿Quién, sino Amor, en todos fiel, sincero,  
Dió pruebas de sí mismo manifestas?  
Al Amor se debió todo el esmero  
De emulaciones noblemente opuestas;  
Y á los tres, por quien todo se ordenaba,  
¿Quién, sino un fino amor, los alentaba?

»Sólo el amor de los vasallos fieles  
Los reinos, los imperios eterniza;  
El artificio es de tiranos crueles;  
La basa del poder es movediza;  
De las augustas sienas los laurales  
Del súbdito el afecto fertiliza;  
Dulce de tiernas lágrimas tributo  
Los colma de verdor, de hojas y fruto.

»Cuántas vertió por su Fernando España,  
De gozo y de placer enternecida!  
Al pronunciar el nombre amado, baña  
De humor al rostro el alma conmovida;  
En cada vitor, con ternura extraña,  
Se exhala un corazón, vuela una vida;  
Una vida, de quien en su servicio  
Cada vasallo haría sacrificio.

»Por dónde equivaldrán reinos, ciudades  
Ciencias, artes, ingenio, oro, riqueza,  
Al cetro que en las finas voluntades  
De los vasallos tiene su firmeza?  
Pues ¡qué si del Monarca las piedades  
Recompensan fineza con fineza!  
Así reina Fernando, de que arguyo  
Que ha de ser reino mio el reino suyo.

»Yo reinaré, y en su dominio vasto  
Reinarán la áurea paz, las santas leyes;  
Irán seguras al herboso pasto,  
Sin las zozobras del pastor, las greyes;  
Rozarán, para dar comun abasto,  
Uno y otro erial uncidos bueyes,  
Y á inflajos de Himeneo y la abundancia,  
Crecerá el pueblo en su tranquila estancia.

»Entonces sí que en españoles pechos  
Entrará la amistad sin embarazos,  
Y recíprocamente satisfechos,  
Doblarán unos y otros los abrazos;  
La blanca fe con nudos más estrechos  
De la amistad apretará los lazos,  
Renovando la edad de oro sencilla,  
Y el candor de costumbres sin mancilla.

»Entonces con impulso peregrino  
Mi llama sentirán fieras y troncos;  
El lobo, el gamo, el ciervo montesino  
Dirán su celo con ahullidos broncos;  
Una palma á otra palma, uno á otro pino  
Dirá que le ama entre gemidos roncos;  
Al olmo amado abrazarán las vides;  
Tú también amarás, árbol de Alcides.

»Mas ¿para qué me canso? Otros aleguen

Razones, pruebas, méritos sin tasa;  
Humillense á su juez, ofrezcan, rueguen;  
Por tal abatimiento Amor no pasa.  
A los que el ramo vencedor me nieguen,  
Castigaré mi ardor, que el mundo abrasa;  
Dámele, y si aun le niega tu porfía,  
Yo me lo tomaré; la palma es mía.»

Así diciendo, con violencia suma  
El ramo de la mano me arrebató;  
Luego, moviendo la ligera pluma,  
Sobre nosotros vuela, y la inmediata  
Atmósfera cercana agita y brama;  
Y con burla cruel, que más maltrata,  
Alegres tornos dando por el aire,  
Se rie alevé del comun desaire.

Colérico el Poder, como agraviado  
Contra el Amor, en vano se esforzaba  
Por alcanzarle; en vano apresurado  
A volar el Ingenio se probaba;  
Alas tenía, sí, pero el doblado  
Peso de los dos grillos le agravaba.  
¡Oh duros grillos, que abatis su vuelo!  
Por vosotros no sube al mismo cielo.

En tanto Amor, que desde cerca advierte  
De uno y otro el pesar y el pasmo mudo,  
Gritando dice: «Locos, ¿de qué suerte  
Pensó vencerme vuestro desvarío?  
¿No sabéis que el Amor siempre es más fuerte,  
Y que todo lo debe á su albedrío?  
Pero cese el dolor, cese el enojo;  
No es para mí esta palma, este despojo.»

»A objeto más sublime y escogido  
Destina el cielo esta triunfante rama;  
Objeto en quien Poder é Ingenio ha unido  
Con tierno Amor la verdadera fama;  
Objeto á quien, con pura fe rendido,  
Todo el pueblo de Hesperia admira y ama,  
Y á quien, sí en otro juicio parecieran,  
Juno, Vénus y Pálas se rindieran.

»De María y de Bárbara eslabona  
Los nombres en el suyo venturoso;  
España y Portugal de ser blasona  
Su trono aquella, éste su oriente hermoso;  
A entrambos mundos, cuya real corona  
La adorna al lado de su augusto esposo,  
Puede hacerlos felices, si se digna  
Mirarlos sólo con piedad benigna.

»Ved si tiene poder; pues igual luce  
El ingenio en su espíritu divino;  
Régia virtud en él guía y conduce  
El coro de otras prendas peregrino;  
De todas adornada, en sí produce  
Mérito superior á su destino;  
Cierran el coro excelso dos doncellas,  
Música y Poesía, hermanas bellas.

»Vive en su pecho amor, pero el honesto,  
El justo amor, que á la virtud complace,  
Y de su esposo en la presencia puesto  
(Con bella proporción), de Anteros hace;  
Junto con este amor bien manifiesto,  
Para con sus vasallos otro nace,  
Por quien, cual madre, con ternura rara  
Los oye, los atiende, los ampara.

»Pues si Poder, Ingenio y Amor tienen  
Sólo en Bárbara el centro de su esfera,  
Sólo á su heroico mérito convienen  
Cuántas palmas el mio, el vuestro adquiriera.  
¿Qué hacemos, pues, aquí? ¿Qué se detienen  
Nuestros obsequios? Desde esta ribera  
Vuelvo á darle el trofeo que he ganado;  
El que pueda volar venga á mi lado.»

Dijo, y al punto el aire dividiendo,  
Con vuelo ligerísimo se aleja.  
El Poder, lo imposible conociendo  
De volar como Amor, sólo se queja;  
El Ingenio, á sí mismo recurriendo,  
Pensativo medita; al fin despeja  
Las nubes de la frente, y con semblante  
Alegre al Poder dice: «Oye un instante.

»Justicia fué de Amor, y no violencia,  
Dar la palma á quien tanto la merece;  
Pero que él solo en la real presencia

Logre la dicha de ofrecerla, acrece  
La pena, pues su injusta preferencia  
Contra nuestras razones establece;  
Mas si tú aquí me vales como amigo,  
Que alcancemos á Amor luego me obligo.  
»Rompe estos grillos, que mi brio abaten;  
Rómpelos con la fuerza de tu brazo;  
Verás con qué vigor el aire tratan  
Estas alas, ya libre de su lazo;  
Como los pies tus manos me desaten,  
Entrambos juntos con estrecho abrazo,  
De Amor el vuelo en breve alcanzaremos,  
Y la gloria comun nos partiremos.

Persuadióse el Poder, y el hierro indigno  
Del uno y otro pié con mano fuerte  
Hace menudos trozos, y benigno  
Del Ingenio feliz muda la suerte;  
Este, que ya vencido, ve el maligno  
Astro que dominaba en él, convierte  
En viveza, en vigor y en alegría,  
El antiguo dolor que le oprimía;

¿Cuál aye que en jaula ó en pinuela  
Largo tiempo se vió presa y cerrada,  
Si tal vez de la mano que la celda  
Puede escapar, de lazos libertada,  
Alegre en giros mil vuela y revuela  
Por celebrar la libertad cobrada;  
Así la suya en giros de alborozo  
El Ingenio celebra, absorto en gozo.

Y con nuevo valor y confianza,  
Abrazando al Poder, se entrega al viento;  
Rapidísimo vuela; á Amor alcanza  
Antes que pueda ejecutar su intento.  
Al fin los tres lograron su esperanza,  
Y al trono real, con fino rendimiento,  
Donde Bárbara brilla, se postraron,  
Y á sus plantas la palma consagraron.

### CANCION PRIMERA.

#### Á LA CONQUISTA DE ORÁN.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos  
El arco y cuerdas, y de nuestro canto  
Se oiga la voz por todo el hemisfero;  
Las vencedoras sienas coronemos  
Del sagrado laurel al que es espanto  
Del infiel mauritano, al Marte ibero.  
Ya ¿para cuándo quiero

Los himnos de alegría y las canciones,  
Premio no vil que el coro de las nueve  
A las fatigas debe,  
Y al valor de esforzados corazones?  
¿Para cuándo estará, Musas, guardado  
Aquel furor que bebe,  
Con las ondas suavísimas mezclado  
De la Castalia fuente el labio sólo

De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?  
Una selva de pinos y de abetes  
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla;  
Para henchar tanta vela faltó viento;  
De flámulas el aire y gallardetes  
Poblado divisó desde la orilla,  
Pálido el africano y sin aliento;  
Del húmedo elemento  
Dividiendo los líquidos cristales,  
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,  
Alzó airado la frente,

De ovas coronada y de corales:  
«¿Quién me agobia con tanta pesadumbre  
La espalda? ¿Hay quien intente  
Poner tal vez en nueva servidumbre  
Mi libre imperio? O ¿por ventura alguno  
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?»

Así decía el dios. Las españolas  
Proras en tanto del undoso seno  
Iban cortando la salada espuma;  
Humildes retirábanse las olas,  
Céfiro por el cielo ya sereno  
Batía en torno su ligera pluma,  
¿Adónde irá la suma